

ESTUDIO CRÍTICO

Hispania, LVII/1, núm. 195 (1997)

**TEORÍA Y METODOLOGÍA DE LA HISTORIA: RECIENTES APOR-
TACIONES ESPAÑOLAS**

por

GONZALO PASAMAR ALZURIA

Universidad de Zaragoza

En términos generales los historiadores españoles nunca han sentido gran inclinación hacia la reflexión historiográfica o el análisis de su propia disciplina, un signo elocuente de la dependencia de ésta respecto a los modelos exteriores, así como de algunas de las peculiaridades de su misma historia. En los últimos cien años, desde que podemos hablar de «oficio de historiador» en España, han escaseado los momentos de cierta sensibilidad hacia los problemas epistemológicos; o estos últimos han constituido la muestra de que, en el mejor de los casos, los historiadores andaban tardíamente a remolque de influencias foráneas, distorsionadas, cuando no, exageradas. La recepción de la «historia como ciencia», fecundo debate que a finales del siglo XIX en Francia allanó el camino de la «historia social», en nuestro país se fundió o fue absorbido por las tradiciones académicas y eruditas prioritariamente interesadas en la clásica narración de hechos políticos. El pensamiento germano, cuando ejerció su poderosa fascinación entre las décadas de los años veinte y cincuenta, era una influencia aquejada de profundos complejos y prejuicios ideológicos contra las ciencias sociales y el pensamiento positivista. Además, hasta el período de la Transición Democrática, consolidada la renovación de la historiografía española con la recepción de la «historia social», no se ha iniciado un significativo despertamiento de la reflexión historiográfica. En las dos últimas décadas la profesión española ha experimentado una apresurada transición desde el viejo modelo (basado en el prestigio académico del catedrático y del escalafón, en la preeminencia de «guardianes» como la Academia de la Historia o el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y en la autosuficiencia del «método histórico»), a otro de carácter descentralizado, pluralista y mucho más receptivo, asentado en un incremento notable del número de los historiadores, del asociacionismo y de las revistas especializadas. Aunque el panorama no esté libre de incertidumbres provocadas precisamente por ese rápido desarrollo, no es incorrecto estimar que en la actualidad, y a despecho de la llamada «crisis de la historia», la historiografía

Hispania, LVII/1, núm. 195 (1997) 339-347

española goza de una salud relativamente vigorosa. Muestra de este fenómeno es la publicística aparecida últimamente en las librerías, de la que hemos seleccionado los dos trabajos más importantes firmados por autores españoles: los de Julio Aróstegui Sánchez y Elena Hernández Sandoica ¹.

Ya es digno de mencionarse que historiadores españoles se hayan atrevido a pasar del artículo al libro aumentando el elenco, constituido en las dos últimas décadas, de los conocidos ensayos de Manuel Tuñón de Lara, Josep Fontana, Pelai Pagès, Santos Juliá, Julián Casanova o José Carlos Bermejo. Lo han hecho tomando la precaución de subrayar el valor «introdutorio» y de «divulgación universitaria» de sus obras, algo que en realidad ha ocurrido generalmente con las reflexiones de los autores mencionados. No sabemos de casi ningún trabajo español sobre estos asuntos firmado por un historiador que haya proclamado ambiciones monográficas. ¿Se trata sólo de la pretensión de llegar a un público fundamentalmente universitario relativamente culto e interesado por lo histórico? En realidad hay algo más. Los libros de Aróstegui y Hernández Sandoica lo muestran de alguna manera pues, a pesar de su declaración de intenciones, no son exclusivamente trabajos de divulgación, sino «textos universitarios» dirigidos a profesores y alumnos.

Los autores son perfectamente conscientes de que la reflexión sobre la historia es una cuestión «transdisciplinar»; una compleja y dispersa problemática que implica el manejo de criterios filosóficos, que auna la curiosidad por otras ciencias y el conocimiento en profundidad de factores ideológicos, modas intelectuales e historia de la historiografía. Ambos se saben «pioneros» en un terreno que tradicionalmente en España ha despertado indiferencia y recelo; y de hecho el tipo de reflexión y el tema elegido no es aleatorio: se concentra en rasgos básicos de la disciplina, sólo que poniendo el acento en la relación entre ellos en un caso, y limitándose a tomarlos aisladamente, en el otro.

Julio Aróstegui elige imitar los clásicos «tratados» de metodología histórica intentando una actualización que adecúe sus pretensiones epistemológicas y normativas a los cambios acontecidos con la revolución historiográfica de nuestro siglo y los recientes debates sobre la historia. Por su parte, Elena Hernández Sandoica se decanta por un tipo de reflexión menos ambicioso, sin esas «pretensiones» normativas, en el que la vocación didáctica se ve desbordada por la propia libertad expositiva. La autora propone unos «materiales docentes», un recorrido por la historia intelectual, donde se invita incluso a intercambiar los capítulos, jalonado con densísimas notas a pie de capítulo dirigidas a especialistas. En ambos trabajos también se observa un significativo, y preocupante, rasgo de la actual reflexión historiográfica española: la escasa mención de nuestra historia de la historiografía. El libro de Aróstegui no hace alusión a ejemplo alguno de la misma; el de Hernández Sandoica se conforma con las intenciones y confiesa en su capítulo central que lo ha escrito «pensando en ella», pero sin reservarle una parte específica.

¹ Respectivamente, *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona, Crítica, 1995, 428 págs.; y *Los caminos de la historia. Cuestiones de historiografía y método*, Madrid, Síntesis, 1995, 301 págs.

En una «nota crítica» como la presente no podemos dejar de insistir, siquiera entre paréntesis, en que la actual historiografía española tiene una asignatura pendiente y casi diríamos urgente: conocer a fondo su propia historia, descubrir pioneros, precedentes, tradiciones, líneas de continuidad, rupturas, fenómenos de recepción; examinar rasgos y peculiaridades de su estructura profesional, diferencias y puntos comunes con otras historiografías europeas; estudiar los principales tópicos. Los estados de la cuestión y los debates españoles, salvo excepciones, en cuanto remontan la mirada más allá de dos décadas están plagados de lugares comunes infundados o afirmaciones gratuitas. Uno frecuente, por ejemplo, consiste más o menos en aseverar que la historiografía española carece de tradición «positivista» a diferencia de la británica, y relacionar el fenómeno con la «ausencia» de una historiografía social en España. Ninguno de estos argumentos se sostiene con un mínimo estudio: la historiografía española en general ha tenido sólidas bases eruditas mientras que la «victoriana» no se caracterizó precisamente por esa vocación; en España hasta 1936 existen no una, sino varias tradiciones de historia económica y social (la historia económica y «civil» de carácter liberal, la «historia social» krausista, la historia obrera, ...). En cambio, no se extraen consecuencias de hechos como los siguientes: que los historiadores españoles han sido desde la Restauración en su mayoría ideológicamente conservadores y la historiografía profesional debe sus modelos además de a las escuelas europeas, al mundo de las Academias; que la Sociología se incorporó relativamente pronto a ese ámbito, pero ha tardado casi un siglo en convertirse en una disciplina profesional; o que los intelectuales irrumpieron tardíamente en un movimiento socialista caracterizado por su debilidad numérica. Como ha escrito recientemente un autor, para estar en condiciones de discutir sobre la historia social hay que estudiar nuestras tradiciones, asumirlas y pelearse con ellas ². El problema no es que la historia de la historiografía no esté siendo objeto de atención y de estudio, sino que una parte importante de quienes establecen el «clima de opinión» en la profesión española sencillamente viven de espaldas a este hecho, o que las modas y el fragor de las polémicas apenas les permiten una valoración en profundidad de lo que están ofreciendo los estudios de historia de la historiografía ³. Mientras no se realice un esfuerzo por conocer la historiografía española de los últimos ciento cincuenta años, la reflexión carecerá de un requisito esencial —que no único— para ser original. Los libros que comentamos, condicionados por unos determinados objetivos y métodos expositivos, desvirtúan en cierto modo la confianza que —nos consta— tienen sus autores en la importancia de la historia de la historiografía española contemporánea.

Aunque el punto de referencia de estas obras es el fenómeno conocido como «la crisis de la historia» —al que dedican el inevitable apartado—,

² PERE, Gabriel, «Vueltas y revueltas con la historia social obrera en España. Historia obrera, historia popular e historia contemporánea» en *Historia Social*, 22 (1995), pág. 45.

³ No cabe desconocer que algunos de los argumentos arriba aludidos podemos hallarlos ya en artículos recientes de manera aislada, pero también es cierto que hoy por hoy los estudios de historia de la historiografía no son suficientemente fomentados y aprovechados.

ambas constituyen más bien un reflejo del intenso proceso de renovación de la historiografía española. Son todavía deudoras de una «autorreflexión» e inquietud surgidas en España en la etapa final del franquismo, antes de que hubiese llegado a los oídos de los autores españoles la palabra «crisis». Su principal estímulo es la defensa del carácter científico de la historiografía. En España, el revisionismo, desde posiciones moderadas que no dudan de los supuestos principales de la metodología histórica, se limita a criticar o a soslayar las corrientes que abogan por una historia globalizadora, y en particular a la historiografía marxista. El rechazo de la historia como ciencia social no tiene apenas adeptos en España y menos aún ha sido capaz de alumbrar ningún análisis intelectual digno de consideración.

Sobre esa defensa de la disciplina histórica dentro de una perspectiva abierta y pluralista, los libros de los autores referidos, profesores de historia contemporánea y de aspectos teóricos de la historiografía en la Universidad Complutense, comparten opiniones, puntos de vista, temas y métodos.

La obra de Aróstegui se destaca por su esfuerzo de claridad, precisión conceptual y coherencia entre sus distintas partes, llevada en algún momento a la exageración. El lector hallará una defensa del término «historiografía» como definición de la disciplina histórica, frente a otras expresiones más ambiguas; o una oportuna clarificación de los vocablos «teoría» y «metodología» historiográficas, matices que nunca vendrán mal al historiador, casi siempre en inferioridad de condiciones ante los epistemólogos profesionales; asimismo el lector se topará con definiciones claras por las que, sin embargo, discurre un cierto gusto por el relativismo y el eclecticismo intelectual; también encontrará la crítica y el rechazo de problemas «obsoletos» (la polémica sobre el «cientificismo» de la historia o la noción positivista de «hecho histórico», ...), y varias propuestas y alternativas (por ejemplo, la concepción de una «época histórica» como un «espacio de inteligibilidad histórica», la explicación historiográfica basada en supuestos «sistémicos» y «estructuracionistas», la del «discurso asertivo» frente al «narrativo», o la «teoría de la documentación histórica»). El libro, por lo demás, maneja una bibliografía amplia y actualizada con un escrupuloso respeto por los criterios de autoridad y las tesis esenciales de cada trabajo mencionado. Sus nueve capítulos se reducen en realidad a cuatro partes:

La primera (Caps. I-III) es una defensa de la historia como ciencia social, «quizá el único proyecto común que tiene algún sentido», equiparable como tal a las otras ciencias sociales pero sin el grado de desarrollo de las mismas dada la actual «inexistencia de una teorización aceptable de hecho». Esta propuesta de una «ciencia no positivista de lo histórico» se complementa con un análisis de los paradigmas que habrían constituido la «época de oro» de la historiografía en nuestro siglo, y de la actual «crisis». En este último aspecto, además de constatar los efectos intelectuales de la problemática «posmoderna», subraya la existencia de intentos renovadores «desde dentro» (la «microhistoria» o la historia sociocultural) cuyas perspectivas son todavía difíciles de evaluar.

El estudio consta de una segunda parte —cuando la obra adquiere una densidad «arriesgada» dado el carácter docente de la misma— (Cap. IV), dedicada a lo que los filósofos tradicionales llamarían problemas de «ontología histó-

rica»; su objetivo, sin embargo, es ensayar una definición de lo que se ha dado en llamar «historia total». Así, además de dedicar un apartado al «tiempo histórico», cuestión cada vez más asumida por los historiadores, lleva la reflexión al terreno de la Sociología con el manejo de las teorías de Anthony Giddens, y de la Antropología, para lo referente a la «memoria colectiva».

La tercera parte (Caps. V-VI) es un repaso de conceptos básicos de epistemología histórica como los de «sistema social» y «acontecimiento» o el obligado comentario sobre la «explicación» y «narración» históricas, acompañado de referencias al narrativismo actual, que el autor valora negativamente como un «retroceso». Estos capítulos se encaran con un manifiesto grado de actualización aunque no logran superar cierta oscuridad, forzada por la aplicación rigurosa de la diferencia establecida en un principio entre una «teoría constitutiva de la historia» y la problemática epistemológica; lo que obliga al autor a volver de nuevo sobre el examen de temas como el «tiempo histórico» o el «sistema social» abordados desde otro punto de vista en el capítulo IV. En cualquier caso, el objeto de esta parte es demostrar cómo solamente la construcción teórica de las categorías historiográficas es la que permite profundizar en la definición científica de la propia historiografía.

La obra se cierra con una cuarta parte (Caps. VII-IX) en la que «recupera» su carácter de manual metodológico en un sentido amplio y al mismo tiempo clásico. Aquí el autor, para no caer en una concepción estrecha o simplista, y evitando toda pretensión de «unitarismo» como él dice, distingue tres acepciones del adjetivo «metodológico»: las operaciones lógicas de las ciencias, a las que se adapta la historiografía; el plan de la investigación del historiador; y determinadas técnicas como la cuantificación o el análisis del lenguaje textual.

Por su parte, el libro de Hernández Sandoica, de lectura difícil como casi todos los de historia intelectual, y debido a su estructura dispersa, con un minucioso repertorio bibliográfico, está estructurado en cinco partes (y otros tantos capítulos), presentadas a modo de retazos y en un estilo muy distinto al de Aróstegui.

La obra se inicia con una parte (Cap. I) donde la autora ve en la «modernidad» y «posmodernidad» del pensamiento histórico las dos caras de la misma moneda. La modernidad, «construcción racionalizadora de la realidad» que nació cuestionada desde su misma cuna, coexiste en la actualidad con la tendencia adversaria, de manera que «nada está resuelto aún, nada definitivamente liquidado».

En la segunda parte (Cap. II) hace un repaso de las manifestaciones del «método generalizador» en las escuelas históricas de nuestro siglo (los Annales, los «progressive historians» norteamericanos, la «nueva historia económica» y la marxista) para acabar examinando el fenómeno del «estructuralismo»⁴, y explicándonos las razones del auge de la sociología histórica —suscribe la opi-

⁴ En este último apartado quizá el lector se sorprenda de la concepción de la autora, que rebasa los límites ordinarios e incluye a autores como GEERTZ, Cl. —estructuralismo «aligerado y difuso»— o ST. JONES, G., a quienes otros estudiosos incluirían más bien entre las manifestaciones del «retorno» del sujeto y de la hermenéutica.

nión de que la fortuna de esta corriente guarda una relación con el derrumbamiento del estructuralismo y del marxismo «en tiempos en los que los historiadores han tendido progresivamente a la recuperación del empirismo».

A continuación el libro desarrolla una tercera parte (Cap. III), central, más extensa que las anteriores, comprensiva de las últimas tendencias de la historiografía y el fenómeno de «los retornos». En este apartado la autora encuentra «normal» y necesaria, sin mayores consecuencias epistemológicas, la especialización de historias sectoriales con lenguajes distintos. Aquí el lector hallará un repaso al carácter «proteico» de la historia social y en especial de dos corrientes: la historia de las mentalidades con su rasgo examinador de «objetos contruidos» como en el caso de la demografía o la historia económica; y la microhistoria italiana. El análisis del «retorno de la historia política» da pie a la autora para precisar que ese «retorno» constituye más bien una ilusión o una metáfora de lo que resulta ser propiamente un fenómeno de «revalorización» o de reorientación de un género que nunca ha desaparecido. Esta parte concluye con el repaso del tema del «poder», a caballo entre la historia política y la social, suscitador de manifestaciones novedosas como la «historia de las relaciones de género».

La parte cuarta del libro (Cap. IV), dedicada a los fundamentos epistemológicos de la historiografía, tiene varias ideas centrales: de un lado, que el carácter problemático del estatuto científico de la historia —que Hernández Sandoica a diferencia de Aróstegui considera «lejos de verse liquidado»— y la diversidad teórica de las ciencias sociales no supondrían en absoluto una merma o carencia para las mismas; de otro lado, que la crisis de la identidad del sujeto y la tendencia «deconstruccionista», al sacrificar la «estructura» y «lo social», sí suponen, en cambio, un serio desafío para el historiador; y finalmente, que ante la disyuntiva entre la «explicación» y la «comprensión» la actitud más «interesante y novedosa» sería asumir esta doble vertiente «sin grandes sutilezas ni complejos».

La obra se cierra con una quinta parte (Cap. V) donde se abordan aspectos diversos (como el nacimiento histórico de nuestra disciplina), para acabar con unos «desafíos actuales de la historiografía», anteriormente comentados (la «posmodernidad», la disyuntiva entre la vocación hacia las estructuras y hacia las acciones; el triunfo creciente del gusto por lo particular y la amenaza del diletantismo).

Los libros de ambos autores como vemos son una defensa del carácter científico de la historia en términos epistemológicos. El de Aróstegui es un tratado de metodología histórica, tributario de un género clásico construido desde su surgimiento en los años de Ernest Bernheim y Charles Seignobos con dos objetivos básicos: mostrar las características de una disciplina diferenciada como la historiografía y subrayar el valor axial de la misma ante las otras ciencias sociales. Así este modelo produce efectos multiplicadores de gran importancia para la profesión, pero también una cierta «ilusión académica»: por un lado, asegura que ningún aspecto de la historia que merezca la pena debe «escapar» al historiador; desde los más teóricos hasta los más técnicos; lógicamente, subraya la relevancia social de éste, que pasa a ser «un

científico social de formación amplia», como nos lo define Aróstegui; pero por otro lado, dicho género está fácilmente marcado por sus orígenes cuando sirve para recrear el pensamiento de un «historiador ideal» en detrimento de la toma de posición del propio historiador respecto a algunos problemas urgentes, quien puede ocultarse detrás del sentido normativo que caracteriza a esta clase de obras. Al margen de la indiscutible utilidad universitaria de este trabajo, no podemos dejar de constatar las dificultades o la escasa proclividad del actual contexto académico español para llevar a la práctica ese ideal o las ambiciones del mismo. Además, una obra de esta clase sitúa a su autor en la tesitura de tener que demostrar que cubre un hueco en el mercado editorial español compitiendo con duros y conocidos rivales como C. F. S. Cardoso y su *Introducción al trabajo de la investigación histórica* (1981) o J. Topolsky y su *Metodología de la Historia* (1982). Asimismo es lícito preguntarse si resucitar el tratado metodológico aumentado es la mejor forma de hacer frente a todos los problemas candentes o constituye el marco más ágil para la reflexión y discusión.

El revisionismo epistemológico, el «ingenuísmo metodológico» y las tendencias al narrativismo son los únicos fenómenos que provocan las iras del autor y le hacen salir de una presunta neutralidad que le hace ver otros aspectos con «ojo clínico». Las discusiones sobre la epistemología histórica tienen una vertiente ideológica por las que aquél ha pasado de puntillas. No ocurre exactamente esto con el libro de Hernández Sandoica, quien introduce referencias al valor político de la historiografía —podemos comprobarlo en el segundo capítulo cuando indica que «la ampliación del campo de la historia tenía que suponer, por fuerza, una fractura (...) no sólo académica sino en última instancia política»—, pero la toma de posición de la autora también se detiene ante este problema. Quizá esto sea debido, en el caso de este libro de historia intelectual, al talante conciliador y relativista que caracteriza en general al mismo. La autora también considera fenómeno axial o verdadera «ruptura epistemológica» la tendencia «deconstruccionista», y acertadamente procura quitarle hierro a otros temas y debates que parecen haber sido exagerados (por ejemplo, los de la «posmodernidad», los de la tendencia a la especialización en la historiografía actual, o los de la falta de acuerdos entre las ciencias sociales).

Como es sabido la llamada «crisis de la historia» es un fenómeno disciplinar —institucional incluso— y al mismo tiempo «intelectual» y, por lo tanto, «ideológico». Si dejamos a un lado a quienes proponen una vuelta no ya a Ranke, sino a Voltaire o al diletantismo, «rara avis» entre la que seguramente no se encuentra ningún historiador español, el debate sobre la historia no se plantea sólo en términos de historia ciencia social sí, historia ciencia social no; también está en juego cuál debe ser el papel de la historiografía en relación con unas ciencias sociales que actualmente tienen un marcado carácter imperialista. Dicho de otra manera: está en discusión si los historiadores se hallan en condiciones de mantener la vieja aspiración que ha unido a todas las escuelas históricas, desde el siglo XIX hasta hace dos décadas, desde la escuela alemana de la pasada centuria hasta las escuelas marxistas de la nues-

tra; esto es, hacer de la historia la disciplina madre capaz de asumir los argumentos narrativos y explicativos de la «historia general» y de actuar de guía para las «historias especiales». Esta pretensión, clave de la historiografía moderna aún antes de que existieran escuelas históricas, se ha cumplido tanto en la relación que existía entre los historiadores, alemanes y las «ciencias cameralísticas» y las «ciencias de espíritu» como en el caso de los historiadores latinos y anglosajones con las «ciencias morales y políticas» y las «ciencias sociales» —pensamiento socialista incluido. Incluso la escuela histórica alemana, enemiga declarada de los métodos generalizadores y exaltadora de la historia política y narrativa, aceptaba la importancia de la historia económica y constitucional entendiéndola como historia especial complementaria de la historia general. No digamos de la historiografía liberal francesa o española del siglo pasado, influidas por la creencia ilustrada de la «historia como ciencia de leyes», quienes también incluían la «historia económica» y la «historia social» como historias especiales subordinadas a la historia general. Las escuelas de nuestro siglo cuando han apelado a expresiones como las de «historia total» o «historia de la sociedad» ha sido para poner de manifiesto y exaltar algo que los historiadores conservadores, liberales y demócratas del siglo pasado reconocían más o menos tácitamente y en un lenguaje idealista, romántico o positivista: el valor integrador de la historiografía. Pues bien, es esta relación entre la historia general y las historias especiales la que actualmente se pone en duda en el terreno epistemológico y en sus consecuencias ideológicas.

En realidad nos hallamos ante uno de los problemas esenciales del pensamiento moderno: la historia como legitimación del poder y de la sociedad, o todo lo contrario, como crítica de aquéllos, como «emancipación». El actual debate, por mucho que se pueda formular en términos epistemológicos, no ha salido, sin embargo, de esas coordenadas. El problema no está en el mero diálogo con las ciencias sociales, sino, tal y como han planteado los más importantes historiadores, los Thompson, Vilar o Braudel, qué tipo de diálogo y sus consecuencias políticas.

Lo que ocurre es que el actual desarrollo de las ciencias sociales, las cuales tras una etapa de crítica del «historicismo» en el sentido «popperiano» de la expresión vuelven a reclamar una vocación histórica con pretensiones propias, ha tendido a desdibujar un terreno y una consideración social del historiador que se habían ampliado y transformado con la historia económica y social y con los cambios de la propia sociedad en nuestro siglo. Así, por ejemplo, cuando la cliometría —una corriente nacida con espíritu conservador— se predica la verdadera historia económica y se define como «economía aplicada» o cuando algunos sociólogos presentan la sociología histórica —una tendencia ecléctica donde las haya— como la auténtica «historia social», o los antropólogos pretenden que sus métodos constituyen la «base» de la historia socio-cultural, estamos ante un problema no sólo profesional y disciplinar, sino también ideológico: se pretende revisar el tradicional papel del historiador desde la Ilustración como investigador del decurso de las sociedades y creador de opinión; se pone en duda que la historiografía pueda actuar de

lazo de unión de las historias especiales y se asigna a éstas plena independencia epistemológica cuando no se las hace aparecer como la historia «par excellence».

Aunque sólo por razones muy interesadas se ha podido confundir la visión oficial de la historia del marxismo soviético con la «historiografía marxista», lo cierto es que la caída de los regímenes de Europa Oriental ha repercutido sobre una historiografía marxista que se había preocupado de defender el valor de la historia como «ciencia de las sociedades en el tiempo» (P. Vilar). Esto ha hecho que el punto de mira del revisionismo, que ya hallamos en el conocido artículo de Lawrence Stone sobre la «vuelta de la narrativa», quedase definitivamente dirigido hacia la crítica del marxismo. No es casual que el intento de «sustituir» la historiografía por ciencias sociales que se pretenden históricas, o que han descubierto su vocación histórica recientemente, vaya especialmente dirigida contra la historiografía marxista. Cierto que los libros que comentamos, escritos por historiadores experimentados, se protegen contra un cientificismo ingenuo y no hacen gala de ninguna profesión de fe antimarxista. Aróstegui sigue a A. Charmers en una «postura moderadamente relativista» (Cap. II) y afirma que en lo atañente a las «prácticas metodológicas» «no puede pretenderse el unitarismo» (Cap. VII), además de dedicar varias páginas a examinar las peculiaridades del método historiográfico. Por su parte, Hernández Sandoica connota la historiografía marxista como «un estilo intelectual de acercarse al análisis social que resultaría ser de gran atractivo» (Cap. II) y, según hemos visto, se mantiene moderadamente relativista en su defensa de la historia como «ciencia». Sin embargo, en ambos autores, por una razón u otra, por eclecticismo o por talante moderado, no aparece reflejada una de las vertientes de la historia como ciencia que es la de su importancia «política».

En fin, como decíamos al principio, los libros de Aróstegui y Hernández Sandoica, los más importantes intentos de reflexión historiográfica firmados recientemente por autores españoles, son producto del propio desarrollo de nuestra historiografía y constituyen una etapa necesaria. Su referencia a problemas actuales les permite cumplir sobradamente con lo que se espera de ellos —sugerir problemas, alentar la reflexión...— y los convierte en textos universitarios imprescindibles.